

EL ROBLE Y EL FUEGO

**AUTOR:
FERNANDO PEÑA IBÁÑEZ**

El roble era viejo, muy muy viejo. Más que cualquier otro árbol del bosque, mucho más viejo que los jóvenes retoños que ahora crecían orgullosamente a su lado, intentando igualar su majestad, casi tan viejo como la misma tierra sobre la que descansaba.

Había sido joven, un árbol solitario en la pradera, orgulloso y desafiante. Había extendido sus raíces a lo largo de los años, viendo pasar las estaciones, y había gozado de la nieve y el rocío, del Sol y la luna, de la lluvia y el viento. Había esparcido sus semillas, y había visto crecer, lentamente, el bosque a su alrededor, y lo había visto llenarse de vida, y con placer había dejado que los pájaros anidaran en él, y se posaran en sus ramas, y comieran sus frutos. Y había disfrutado del aroma de la primavera, del calor del verano, de la lluvia otoñal, de la tranquilidad del invierno. Cada noche estrellada, cada brillante amanecer, cada gota de rocío, cada bocanada de aire puro, habían sido para él la esencia de la vida, el milagro de su existencia, la felicidad absoluta.

Y ahora que ya era viejo, tan viejo, y su corteza se había vuelto oscura y rugosa como una hoja marchita, y sus ramas ya no tenían tanta vida, el roble había contemplado el mundo que se extendía ante él, que había formado parte de su vida. Su mundo. Y se había sentido feliz, inmensamente feliz.

Cuando las primeras llamas aparecieron en el horizonte, sacándolo de sus ensoñaciones, el roble se dio cuenta con extrañeza de que se encontraba ante algo desconocido. Las vio acercarse lentamente, destruyendo la pradera a su paso, y notó el estruendo creciente, y el calor cada vez más fuerte, y comenzó a sentir la incertidumbre y el miedo que crecían en su interior. Entonces el fuego llegó al primer árbol, y trepó por él, y el roble vio con horror cómo era devorado, retorciéndose agónicamente entre las llamas, con un sufrimiento indescriptible que parecía no tener fin, hasta quedar reducido a cenizas. Fue

testigo de la huida despavorida de todos los animales ante esta amenaza desconocida, y contempló en un segundo cómo lo que había sido un paraíso de vida se convertía en un mundo vacío, inerte. Y, por encima de todo, le invadió la desesperación de saber que él no podría escapar. Que tendría que contemplar, solo e impotente, cómo era destruido todo lo que había conocido y amado durante tantos años. Y que, después de esto, moriría.

Cuando las llamas llegaron hasta él, y danzaron a su alrededor, y lamieron su corteza, y ascendieron finalmente por ella, el roble, entre una nube de dolor, no odió, ni maldijo, ni culpó a nadie. Simplemente, con una profunda y confusa tristeza más allá del miedo o la autocompasión, se preguntó: ¿Por qué?.